



La inflación agroalimentaria

Segundo Campos

Luego de varios años de declinación -tanto en las economías avanzadas como en los países en desarrollo- durante 2007 la tasa de inflación experimentó una importante aceleración en la mayoría de las economías. La tasa global de aumento de precios al consumidor (calculada a partir de la ponderación de la inflación en las economías avanzadas y en los países en desarrollo) se ubicó en casi 5% luego de haber alcanzado niveles inferiores al 3% en algunos meses de 2006. En EEUU, por ejemplo, la inflación se aceleró en el último año para pasar de 2,5% a 4,1%, el registro más elevado en mucho tiempo; lo mismo ha ocurrido, aunque de manera algo menos intensa en otras economías desarrolladas: en la zona euro la variación interanual del índice de precios al consumidor creció de 1,9% en diciembre de 2006 a 3,1% en el mismo mes de 2007. El fenómeno es, sin embargo, mucho más marcado en las economías en desarrollo: en China la inflación minorista más que se triplicó para situarse en 6,9% y en otras economías asiáticas (Singapur y Taiwán) ha tendido a ocurrir lo mismo; en América del Sur se verificaron fuertes alzas de la inflación en Chile, Argentina, Venezuela y Brasil entre otros países y algo similar ha sucedido en varios países del Golfo Pérsico y en Sudáfrica.

No obstante, cuando se los mira con perspectiva histórica estos registros son difícilmente alarmantes y se ubican muy lejos del período de alta inflación de los setenta -cuando incluso las economías desarrolladas registraron tasas de aumento de precios de dos dígitos-, o aún de los valores típicos de los noventa -cuando las economías en desarrollo registraban por caso una inflación promedio superior al 50% anual. Pero el cambio de tendencia operado en el ritmo de evolución de los precios ha causado una renovada atención en el fenómeno y ha planteado, en algunos casos, dilemas de compleja resolución para los hacedores de política.

¿Significan estos desarrollos que el período relativamente prolongado de elevado crecimiento global con baja inflación ha llegado a su fin? ¿O se trata, simplemente, del efecto impacto en el nivel general de precios de modificaciones



de precios relativos causadas por perturbaciones puntuales ocurridas en mercados particulares? Aunque es demasiado pronto para decirlo (y, en buena medida, la evolución posterior dependerá críticamente también de las respuestas de política que se adopten), por ahora el fenómeno parece estar circunscripto a los componentes típicamente considerados más volátiles de los índices de precios (alimentos y energía). Así, mientras la inflación headline (vale decir, la que toma en consideración el comportamiento de la totalidad de los productos incluidos en las canastas de consumo que se utilizan para medir la inflación minorista) ha tendido a acelerarse, los indicadores disponibles muestran que la tendencia subyacente de inflación (o inflación core, que excluye a los componentes más volátiles de los índices de precios) se ha mantenido por ahora relativamente contenida en la mayoría de las economías, con una leve presión a la suba. Así la inflación “núcleo” global habría aumentado sólo medio punto porcentual desde inicios de 2006 hasta alcanzar un valor de 2,7% anual (un nivel muy similar al de inicios de la presente década).

La renovada tendencia de los precios en la mayoría de los países parece entonces estar asociada, en realidad, con la evolución de un conjunto de precios particulares. Como se sabe, el alza del precio de las materias primas en los mercados internacionales –particularmente, cuando se las valúa en dólares estadounidenses- es generalizada pero se ha sentido con particular intensidad en el caso de los metales básicos y los recursos energéticos y, especialmente, en el último período en el de los commodities agropecuarios. Ello se ha traducido en un alza de los combustibles pero también en una marcada tendencia a la suba del precio interno de los alimentos en la mayoría de las economías.

Lógicamente, si bien el aumento del precio relativo de los alimentos ha generado presiones a la suba del nivel general de precios aún en las economías avanzadas, el fenómeno ha causado especial preocupación en el caso de los países en desarrollo: mientras en las sociedades avanzadas el gasto en alimentos se ubica no muy por encima del 10% del presupuesto de los consumidores, en economías de desarrollo intermedio como la nuestra explica alrededor de un tercio del gasto de las familias y en el caso de países muy pobres como Afganistán, Nigeria y Bangladesh llega a dar cuenta de un 60% o más del total. Las subas en el precio de los alimentos durante 2007 han sido muy marcadas, con aumentos del orden



de 18% en China, 13% en Indonesia, 11,5% en Pakistán y registros también superiores al dígito en nuestro continente y explican una porción muy significativa de la aceleración de la inflación en todos los casos. Según estimaciones de la FAO (la agencia de Naciones Unidas sobre alimentos y agricultura), el costo global de las importaciones de alimentos alcanzará un récord este año para situarse en unos U\$D 745 mil millones. Aunque las previsiones podrían verse algo afectadas si se produjese una fuerte desaceleración del crecimiento económico mundial a raíz de los problemas causados por la debacle hipotecaria en EEUU, esta agencia estima que el precio mundial de los alimentos puede llegar a incrementarse en otro 35% en el próximo bienio. Otros pronósticos estiman que en el próximo quinquenio la inflación mundial de alimentos será del orden de 7,5% anual, frente a un 2-3% promedio en los últimos diez años.

Tan relevante y generalizado parece el fenómeno que ya se ha acuñado incluso un nuevo término para caracterizarlo: agflation (vale decir, la inflación provocada por el encarecimiento relativo de los precios del sector primario). Bien podría afirmarse que la suba del precio de las commodities es sólo un fenómeno de bonanza cíclica por encima del comportamiento tendencial, algo que ha tendido a ocurrir ocasionalmente en el pasado aún en el contexto de una tendencia de largo plazo al abaratamiento relativo de los alimentos básicos respecto del resto de los ítems de la canasta de consumo; sin embargo, existen algunos elementos de juicio como para presumir, en realidad, que se está asistiendo a modificaciones de cierto alcance en la estructura de funcionamiento de la economía mundial.

Un factor prominente del encarecimiento relativo de los alimentos parece estar asociado a la presión que sobre la disponibilidad mundial de los mismos ejerce la intensa demanda proveniente de las economías emergentes de rápido crecimiento. De hecho, vale la pena destacar que el aumento de los precios ha ocurrido en un marco de cosechas mundiales récord (más allá de factores adversos en determinadas regiones). Como es sabido, la economía mundial atraviesa su quinto año consecutivo de fuerte crecimiento, impulsada por el vigoroso dinamismo exhibido por el mundo en desarrollo -que desde inicios de esta década se expande a tasas que más que duplican a las de las economías más maduras. Este proceso de incipiente catching up y las transformaciones en curso en buena parte del continente asiático, en particular en China y la India, han provocado una serie de



significativos impactos en el desempeño económico mundial. Dadas las características de la dotación factorial de las economías asiáticas de rápida expansión y la etapa de desarrollo en que se encuentran, su acelerado crecimiento se ha traducido en una fuerte demanda de productos intensivos en recursos naturales, tendiendo a multiplicarse de manera muy marcada sus importaciones de insumos energéticos y de toda clase de materias primas y de commodities industriales básicas. Por un lado, el acelerado crecimiento en los ingresos y la riqueza de estas economías se ha traducido de manera directa en un auge de la demanda de proteínas contenidas en numerosos alimentos y, ceteris paribus, ello ha dado lugar a un alza en las cotizaciones de las commodities agrícolas. Por otro lado, el alza del precio de los alimentos se ha visto reforzada por las iniciativas dirigidas a desarrollar fuentes de energía alternativas (vgr. biocombustibles) ante el encarecimiento del petróleo y sus derivados, que compiten por el uso de un factor limitado como la tierra cultivable. La producción de etanol, por caso, consumirá alrededor de 30% de la cosecha total de maíz de EEUU y ha provocado en extensas áreas del país la sustitución de cultivos en detrimento de la soja y el trigo.

En realidad, podría afirmarse que el encarecimiento relativo de las materias primas y los alimentos es sólo una de las caras de la dinámica integración de las economías asiáticas de rápido crecimiento a los mercados internacionales. Resulta interesante notar, de hecho, que éstas han tenido influencias contrapuestas en la evolución de los precios internacionales. Según estimaciones del FMI, la emergencia de China y la India, sumada a la de otras economías de ese continente y Rusia, ha implicado la incorporación de una enorme masa de trabajadores al mercado laboral mundial y se ha traducido en un importante auge de exportaciones muy competitivas dirigidas primordialmente hacia los países avanzados. A nivel global, este shock de oferta positivo ha influenciado a la baja la remuneración al trabajo en dichas economías, y a través de su influencia en los costos, parece haber contribuido en una primera etapa de manera importante a un palpable fenómeno de desinflación. Este proceso, sumado a la mayor credibilidad de la que gozaron en el período las autoridades monetarias del mundo desarrollado y al consecuente ancla sobre las expectativas inflacionarias, ha posibilitado que durante un buen tiempo la fase actual de alto crecimiento



económico mundial haya estado caracterizada por la presencia de muy baja inflación.

Así, la inserción internacional de las economías asiáticas de alto crecimiento se ha traducido en la aparición, más o menos simultánea, de shocks significativos de oferta y demanda y, por tanto, en presiones de signo contrario sobre la evolución de los precios. Las consecuencias, entonces, de las importantes transformaciones en curso en la economía mundial podrían estar condensándose en cambios de gran entidad en los precios relativos internacionales de factores de la producción y de diferentes clases de bienes (también de los activos financieros y la riqueza, aunque no es algo que tratemos aquí). En particular, el precio relativo de las materias primas (energía, alimentos y metales básicos) parece haberse modificado al alza de manera apreciable respecto de productos intensivos en la utilización del factor trabajo de reducida calificación relativa. Dado que existen inflexibilidades nominales a la baja, dicha corrección de precios relativos tiende a producirse con una cierta aceleración de los registros inflacionarios.

Las ganancias agregadas y las consecuencias distributivas

Dependiendo del tipo de economía en desarrollo de que se trate, la emergencia de China e India, además de contribuir a diversificar las fuentes de crecimiento mundial, ha representado pues un shock de gran entidad pero de signo contrario. Las economías de América del Sur, por ejemplo, complementarias de las asiáticas y productoras de alimentos y materias primas energéticas se han visto claramente beneficiadas a través de una mejora, tal vez permanente, de sus términos de intercambio. Lo contrario, ha ocurrido para economías competidoras (o sustitutas) de las asiáticas, importadoras de petróleo y alimentos y exportadoras de bienes intensivos en trabajo no calificado como aquéllas (como es el caso de muchos países de América Central).

Dada su condición de líder en la producción de alimentos, la emergencia de China y la India es una muy buena noticia para Argentina dado que los desarrollos observados en los últimos años en la economía mundial han permitido compensar (al menos parcialmente) las perniciosas consecuencias de las prácticas proteccionistas y de subsidios a la agricultura implementadas en las últimas



décadas por los países desarrollados, provocando una inmensa revalorización de los abundantes recursos naturales de los que dispone nuestro país.

Sin embargo, pese a la ganancia neta que dichos desarrollos suponen para el país en su conjunto, la apreciable mejora del precio relativo de los alimentos y otras materias primas genera, al menos en el corto plazo y de manera simultánea, una serie de dificultades y desafíos importantes a la política económica. Como ocurre siempre en economía, todo desarrollo agregado significativo provoca efectos distributivos de importancia, más allá de que la economía en su conjunto experimente una ganancia neta. Ello genera, por tanto, la existencia de ganadores y perdedores. Dado que la canasta de exportaciones del país se compone de manera relevante de bienes salario (o de bienes que, como en el caso de la soja, compiten por el uso de los mismos recursos productivos como la tierra), el encarecimiento relativo del precio internacional de los alimentos genera impactos negativos sobre el ingreso real de los más pobres, cuya canasta de consumo esta integrada en mayor medida por bienes y servicios de primera necesidad. Esta situación reactualiza una tensión tradicional en la historia económica argentina caracterizada por el dilema existente entre las exigencias de la competitividad y las demandas de equidad y requiere de parte de las autoridades económicas una intervención responsable a efectos de velar por la protección de los intereses y el bienestar de todos los habitantes, en especial de los sectores más desprotegidos de la sociedad.

Cabe señalar que este fenómeno ha causado tensiones similares en países tan diversos como Marruecos, México, Egipto, China, India, Serbia, Ucrania y Vietnam (algunos de ellos también exportadores de alimentos) y ha conducido a sus autoridades a adoptar medidas correctivas de diversa naturaleza a fin de lidiar con el encarecimiento relativo en el precio interno de los alimentos. Aunque no todas las intervenciones pueden resultar igualmente eficientes (vgr. los controles de precios y las prohibiciones lisas y llanas de exportación, que podrían desincentivar la oferta futura), el rasgo común de muchas de ellas es que, vía la utilización de recursos fiscales, se intenta “socializar” parte de esa ganancia neta y compensar a los “perdedores” ante el fuerte encarecimiento de los precios de los alimentos. Las retenciones en el caso local buscan cumplir dicho papel. Considerando el tiempo pasado desde la emergencia de 2002 podrían empezar a discutirse algunas



alternativas complementarias que focalicen mejor y protejan a los sectores más vulnerables de la población sin dañar los incentivos a la oferta y las positivas señales que, para la economía en su conjunto, provienen del mercado mundial.

La respuesta de la política monetaria

Una pregunta relevante en este marco refiere al papel de la política monetaria en el asunto. En principio, parece importante distinguir entre cambios “de una vez” en el nivel general de precios y cambios o aceleraciones en la tasa de inflación. Es cierto que un cambio de precios relativos no tiene por qué generar un alza en el nivel general de precios absolutos de la economía pues siempre podría ocurrir que el precio de los bienes cuya demanda neta relativa se ha reducido caiga en términos absolutos o que la corrección de los precios relativos se de en parte por un alza de unos precios y la baja de otros. En presencia de rigideces nominales, en cambio, parece cierto que toda corrección de precios relativos debería traducirse en un alza del nivel general de precios y, al menos transitoriamente, en un incremento de la tasa de inflación. Sin embargo, una vez corregidos los precios relativos, el nivel general de precios debería estabilizarse; y la inflación causada por este efecto, tender a disiparse. Lógicamente, si hubiese mecanismos que generasen una propagación del impulso inicial, las presiones inflacionarias podrían tender a perpetuarse.

La respuesta de los bancos centrales frente a shocks capaces de generar alteraciones importantes en los precios relativos debe atender críticamente las anteriores consideraciones. En principio, no hay razones para que la autoridad monetaria reaccione en forma permanente (vgr. endureciendo el sesgo de su política) a subas sólo transitorias en la tasa de inflación. Sin embargo, si dada la fase del ciclo que se encuentra atravesando la economía, la presencia de factores propagatorios del shock inicial - vía expectativas u otros factores – hace presumir que podrían producirse efectos de segunda ronda, entonces tendría fundamentos reaccionar a través de acciones de política monetaria.

Esa reacción ha sido en parte la respuesta de los bancos centrales en muchos de los países de la región. Pese a tratarse de un desarrollo en principio puramente transitorio, dado que involucra un cambio en los precios relativos, una de las



consecuencias del alza de la energía y de los alimentos ha sido la aparición de presiones inflacionarias más o menos intensas en numerosas economías. Ello ha conducido a una actitud vigilante de parte de las autoridades monetarias a fin de evitar que esta aceleración en principio sólo transitoria de las tasas de inflación headline interanuales se traslade en forma permanente a la inflación núcleo (o core inflation).

Sin embargo, parece inevitable que las autoridades monetarias deberán acomodar algunas de las presiones y tolerar ciertos desvíos transitorios en las tasas de inflación (lo que podría llegar a erosionar en algún grado la credibilidad de bancos centrales que han hecho del cumplimiento estricto de "metas inflacionarias" una suerte de nuevo dogma). El problema es que, dada la conocida inelasticidad de la demanda de alimentos a las subas de las tasas de interés, el intento de cumplir a rajatabla y sin flexibilidad metas demasiado estrictas podría llegar a "sacrificar" valiosos puntos de actividad y empleo, perjudicando presumiblemente a los mismos sectores sociales a los que se busca proteger del alza de los alimentos.

Parece entonces que el nuevo escenario exige respuestas novedosas de la política económica y una fina sintonía y coordinación de los diferentes brazos de la política macroeconómica. Al menos en el caso de los países productores de alimentos y materias primas las condiciones sugieren que en la próxima etapa se impone una agenda novedosa que, con las diferencias del caso, tiene no obstante un cierto sabor conocido recogido por la tradición estructuralista latinoamericana en el análisis de la inflación y el cambio estructural. Después de varias décadas de "malaria", el problema es la administración macroeconómica de la "bonanza" sin erosionar las fuentes genuinas del crecimiento. Esto es, desarrollar políticas preventivas y contracíclicas que discriminen adecuadamente entre el componente transitorio y el tendencial de la evolución de los precios de las commodities y eviten inducir impactos distributivos negativos que le resten sustento y legitimidad al proceso.